

Una paz práctica

La idea enunciada por un vocero nazi, de que podría darse a esta guerra un final apropiado por medio de un paz razonable, justa y generosa, que viniera a evitar la destrucción de la civilización occidental y quizá la del mundo entero, es una idea que debe ser cuidadosamente examinada.

Encierra ella peligrosas amenazas y advertencias. Una de ellas es la de que Alemania puede llevar la guerra a un grado tal de exterminio y destrucción que haga imposible la existencia de vida humana en lo que se conoce con el nombre de Occidente. O sea, Alemania puede recurrir al empleo de gases.

La otra es la amenaza de que, vencida Alemania y vencedora Rusia, el bolcheviquismo se extienda inatajablemente por Europa, poniendo en peligro la existencia de la civilización occidental. Este es, en realidad, el fantasma de siempre. Los nazis creen que ellos son los únicos que tienen derecho a destruir la civilización.

La tercera amenaza y advertencia que se desprende de aquella idea es, a nuestro juicio, la más seria, no para nosotros, se entiende, sino para las naciones unidas y para lo que ellas representan. Esa amenaza tiene raíces en el pasado; es la que se refiere a una posible paz o alianza con Rusia, conseguida posiblemente por intermedio del Japón. Hitler advirtió ya, hace algún tiempo, que en el curso de su lucha estaba dispuesto a todo. Lo demostró al concertar el pacto germano-ruso y lo volvió a demostrar al hacer pedazos, por su propia voluntad y sin más que un motivo estratégico, el pacto que, ante la estupefacción del mundo, firmaron ~~Hitler y Stalin~~ los dos grandes totalitarios de Europa. Según Hitler, Rusia y Alemania son las naciones que, en ciertos aspectos, tienen más semejanza entre sí.

Tales son, examinada someramente aquella idea, las amenazas y advertencias que se desprenden de ella, idea que puede tener mucho de triquiñuela pero que también puede tener mucho de verdad. Hitler, si ha retrocedido alguna vez ante lo material, no ha retrocedido jamás ante lo moral. Su mora-

lidad no tiene límites, aunque en rigor debe decirse que lo que no tiene lí-
mites es su amoralidad. Y no es el único en el mundo que posee semejante
virtud.

Manuel Rojas

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©